

MARIANO PICON-SALAS

1941

CINCO DISCURSOS SOBRE
PASADO Y PRESENTE DE
LA NACIÓN VENEZOLANA

COLUMBIA
UNIVERSITY
LIBRARY

EDITORIAL LA TORRE
CARÁCAS—VENEZUELA

1940

987

P588

12787B

ALBERTO
VILLAVIEJA
VILLAVIEJA

EXPLICACION

Con el mismo calor desordenado con que fueron escritas, entrego al público estas páginas de emoción y de interrogación venezolanas. Ante la magnitud de cuestiones nacionales que surgieron a nuestros ojos en 1936 cuando la muerte del viejo Dictador abrió el país a las corrientes de la vida moderna y reveló una dolorosa realidad autóctona que los escribas del César, su policía y la ignorancia cultivada hasta entonces como sistema de gobierno, habían mantenido velada, muchos compatriotas se pusieron a trazar programas técnicos. En reuniones juveniles con mucho café y muchos cigarrillos, con palabras que se atropellaban de fervor se definió nuestra cuestión económica, nuestra cuestión demográfica, nuestra cuestión sanitaria, nuestra cuestión educacional. Con firme concisión el señor Presidente de la República dejó escrito en su "Programa de fe-

brero" uno como inventario de necesidades venezolanas, señales y rumbos para que no sólo el Gobierno sino todas las generaciones pensantes y actuantes, se pusieran a la tarea de vencer nuestro atraso. Si no todos, por lo menos un equipo ferviente de venezolanos, están desde hace cuatro años en tan cálida empresa. Y la vida civil de estos últimos cuarenta y tantos meses se cierra con un signo de optimismo. No ocurrieron los desastres que profetizaban los hombres dictatoriales, y a pesar del ambiente moral cargado todavía de las emanaciones de seis lustros de arbitrariedad y despojo, el pueblo nuestro ha demostrado que ya es acreedor a formas más humanas y justas de organización. Que eso perdure; que para la prosperidad pacífica mantengamos nuestra patria unificada en la gran acción de recuperarse, libre de odios e inmune a la anarquía, madre y no madrastra de venezolanos como lo fuera en algunos periodos de nuestra trágica historia, es el gran problema político que perfila el presente. Y a buscar lo entrañable de Venezuela; las esperanzas y los símbolos de esa gran patria libre y justa he destinado estas meditaciones

Hace cuatro años, ante la urgencia de ponernos a dialogar con nuestro pueblo, a revelar sus verdades y a actuar sobre el cuerpo

largamente enfermo de nuestra nación lacrada, tuvimos que tratar todos los temas. El escritor debió ser uno como apasionado maestro de escuela elemental. De todos los rincones de la patria nos venían enigmas, solicitudes y reclamos que muchas veces por estar tan cargados de humanidad trágica, no podían esperar la grave solución del especialista. En la prensa diaria cada uno de nosotros tomó esta materia palpitante de venezolanidad y la reveló como le fué posible. Escribíamos —y era necesario— sobre escuelas y agricultura, sobre inmigración y caminos. Cada visión de tierra venezolana; cada aldea visitada, cada diálogo con las gentes bajo el samán de la plaza, en el pequeño caserío, nos planteaba su angustiada problemática. Llegábamos a la capital con nuestro colmado mensaje, a escribirlo y hablarlo en palpitante tensión. Hacía muchos años que los venezolanos habían olvidado su rumbo y su verdad. La injusticia y la violencia se habían tornado crónicas. Ya puestos en el combate era necesario decir, aunque las formas no fueran perfectas. Pero lentamente la nación comenzó a estructurarse; el Estado a formar sus cuadros técnicos, los venezolanos a repartir su trabajo. Por ello —por tan necesaria división de oficios— he eliminado de este libro todo lo que pudiera parecer panacea y fórmula arbitrista. Por ello me he limitado a hablar de

lo que entiendo. Y limitándome, sólo deseo ser un contemplador de mi tierra; un hombre que mirando el pasado y el presente quiere colaborar a la medida de su fe y su entusiasmo en el descubrimiento de nuestro alucinante destino.

Que estas páginas sirvan no a los desengañados ni a los demasiado sabios, sino a los que están metidos en la patética esperanza de una Venezuela siempre mejor; a los jóvenes, a los que no han perdido la fé, a los que conservan el alma íntegra y no mutilada por tantas pruebas y tan reciente tragedia, es mi única aspiración.

Sé que muchas cosas de las que aquí expreso "ex abundantia cordis" (sin cálculo ni estrategia de político), buscando la verdad por sobre las querellas y las facciones, el tiempo, el gran árbitro, el inmovible testigo, habrá de justificarlas.

MARIANO PICON-SALAS.

Caracas, marzo de 1940.

1941

I.—Ambiente.

Si es cierto que hay una psicología colectiva que no resulta precisamente de la lenta adición de las almas individuales, sino es más bien como una enorme alma personal agrandada, sujeta a los sueños, las dudas, los temores y los rechazos de una como inmensa persona polifémica, el alma colectiva venezolana está ahora pendiente de una fecha, de un signo al que atribuye mágicamente —porque somos un pueblo mágico más que lógico— el enigma de su ulterior destino. 1941, fecha en que se elegirá un presidente, acto que en los países de vida normal no tiene nada de extraordinario, es este como misterioso conjuro hacia adonde ahora tiende el espíritu nacional. Así, antes de aparecer en el tiempo, 1941 ya tiene existencia. Innumerables venezolanos viven o se preparan a vivir en 1941. Si públicamente no lo confiesan es porque por un proceso psicológico muy conoci-

do las cosas más deseadas son las que más se callan y se guardan en la zona más íntima, para que no descubran su ardoroso secreto. Que un acto burocrático que a la postre no lo decidimos nosotros sino los señores que venidos de todo el país constituyen el Congreso, tenga tan turbadora realidad en la psicología venezolana de este momento, se explica por circunstancias muy peculiares de nuestra evolución social. Un suizo o un francés no comprenderían por qué nosotros le damos tanta importancia a una fecha que todavía no se fija en el almanaque. Pero los venezolanos suponen que lo que van a ser o lo que va a ser del país depende en gran parte de lo que entonces se decida. Puede que sea ilusión, pero los pueblos —ya lo han explicado los grandes historiadores— no viven tan sólo de cosas reales, sino también de símbolos y mitos. 1941 es por ello una cifra tan reveladora como lo fueron en el proceso de nuestra vida republicana 1810, 1830 o 1858, fechas críticas en que se hizo presente una crisis o una actitud histórica.

Que esto suceda, así, se debe a varias causas: primero, 1941 será el último año de un apasionado lustro en que después del silencio tiránico de casi cuatro décadas surgió en Venezuela una vocación de libertad y de democracia; se palparon y descubrieron graves problemas del país; se fué restableciendo un perdido

estilo de convivencia jurídica; varias generaciones y grupos pospuestos y preteridos reclamaron su anhelo de incorporarse a la política nacional; se hizo presente la necesidad de un Estado y una Administración con sentido técnico frente a la otra, arbitraria y sorpresiva, que hasta entonces prevaleciera. Segundo: Ni en la Atenas de Pericles, ni en ninguna República modelo que queramos determinar en la Historia, el concepto de progreso y de responsabilidad nacional fué común a todos los ciudadanos; la solución inteligente no siempre parece la más valedera, y de ahí que toda política, aún la que consideremos la más pura, encuentra la lucha y oposición de pasiones e intereses que la miran con recelo. (Esto quiere decir que si todos los venezolanos están pendientes e inquietos por lo que suceda en 1941, la fecha tiene una significación diferente según sea la edad, la cultura o el patriotismo de quienes la imaginen). Tercero: toda gran política necesita para realizarse la organización de una minoría responsable en la que se interprete y delegue el querer —a veces confuso, de la mayoría—. No habrá lógica y coherencia en el desenvolvimiento de un país, si ella falta en el grupo gobernante; y la incógnita que hasta ahora plantea 1941, es precisamente la de que la nación encuentre para aquel instante sus intérpretes y ejecutores.

Formar esa minoría, ese grupo capaz de

poner en vigencia un programa nacional y de llevar los cuadros técnicos del Estado, precisamente para servir a las mayorías que permanecieron como al margen de la vida jurídica, es el gran problema político de Venezuela desde 1858. Desde entonces los venezolanos se separaron en facciones como la de los antiguos "godos" y los antiguos "liberales" amarillos; en clientela y en clan de determinados jefes como Guzmán, Crespo, Castro, Gómez. Lo que puede una política de más amplio miraje nacional coordinada a un plan técnico de trabajo, lo hemos empezado a ver en el lustro que está corriendo.

Cuando abstractamente, como silogismos, erigimos semejantes premisas, hacemos justicia e interpretamos lo que ha significado en la marcha de Venezuela un gobierno como el del General López Contreras. Que a cuatro años tan sólo de la tiranía de Juan Vicente Gómez, nos preguntemos estas cosas, significa un enorme avance en el desarrollo político del país. Son los méritos de un gobernante los que ahora permiten que los intelectuales venezolanos estudiemos tales problemas y no permanezcamos en cualquiera de las dos posiciones, igualmente trágicas, que reservaran para la inteligencia nacional los pasados regímenes: la del adulador palaciego o la del perseguido lleno de amargura y desesperanza. Innegable e invaluable es

no sólo el progreso material del país, sino lo que importa tanto como ello: su avance intelectual y moral en el último lustro. El gobierno del General López Contreras —tendrán que reconocer los opositores más recalcitrantes— ha dado al pueblo venezolano lo que él había olvidado en la inercia y el dolor reciente: un anhelo de mejorar y mayor fe en su destino. En parte de lo que se ha hecho en estos cuarenta y tantos meses depende nuestro desarrollo futuro. Toca a los grupos conscientes del país preservar toda una herencia de realizaciones positivas en que culmina el período legal de nuestro Presidente.

El deseo de esclarecer realidades venezolanas no nos impedirá hacer justicia a los hombres, ni siquiera por ese como torcido puritanismo que después de la adulación de ayer se apoderó de algunos compatriotas nuestros, que ahora creen que sólo deben dirigirse al Gobierno en tono levantisco; pidiendo siempre y reclamando, con deliberada descortesía, y no concediendo ningún aplauso a lo que en su fuero íntimo saben que está bien hecho. La necesaria antítesis de la humillación y alabanza que hasta ayer fué consustancial a nuestras costumbres políticas, no es la altanería sino la equidad. La falsa impertinencia libertaria de los que ahora sólo gritan porque los dejan, da un argumento eximio a aquellos círculos ultra-cerra-

dos y ultra-impermeables que dicen que Venezuela sólo puede manejarse con látigo, y que la libertad es un lujo que todavía no merecemos. Ese libertarismo hirsuto y ciego con que han confundido la Libertad gentes primitivas y descorteses es el camino más rápido para una nueva siembra de violencia. Lo mismo que para el trato entre personas hay una Urbanidad política, que es la que permite la relación ecuanime entre pueblo y poder. De este equilibrio de formas, de este respeto mutuo e ineludible jerarquía, surgen los buenos gobiernos.

Aunque ahora no sea elegante decirlo (porque ello puede escocer a los demagogos que venden sus periodiquitos a fuerza de grosería o porque no se nos confunda con los alabadores profesionales), el General López Contreras si no hubiera hecho nada más, pasaría en la Historia venezolana como el presidente humanizador; el hombre que después de un período de arbitrariedad y capricho informe, restableció en nuestro país el respeto por la persona humana. Si él no hubiera creado escuelas, obras públicas y servicios sociales, ya abonaríamos a su cuenta como la mayor conquista moral esta humanización de nuestra vida política; este diálogo entre hombres que permitió formar en un país horrorosamente azotado por el atropello. Sabemos — y es una virtud de nuestro Presidente — que ya no podría erigir-

se en el país otra Dictadura como la de Gómez; que ni más que un siniestro vuelco del azar entregase la nación a esos caciques merodeadores que desde las Antillas o Centro América con los bolsillos llenos de despojos y su vocabulario que no alcanza al centenar de palabras, están como el pobre paleta de Santos Matute Gómez siempre dispuestos a “ofrecernos el orden”; sabemos que ni en tan hipotético caso, podrían restablecerse en Venezuela las torturas y la estupidez de aquellos años. En este último lustro trascurrido hemos vuelto a la civilización, y a pesar del clima rencoroso que debió dejar la Dictadura, un hombre como López Contreras logró crear las formas morales del gobierno donde habían desaparecido. No en balde fué un acto simbólico de su administración el arrojar al mar en Puerto Cabello a comienzos de 1936 los hierros de tortura de las cárceles gomecistas y la demolición de La Rotunda, esa Bastilla de nuestro feudalismo cruel. De la humanidad comprensiva del Presidente ha emanado, sin duda, un ambiente de tolerancia y civilidad, de calma y análisis para no sorprenderse con la primera calumnia y la primera intriga. Piloto de un mar erizado de escollos, López Contreras ha tenido la estrella de su sangre fría. Conciliar lo que parecía inconciliabile; acostumar a los venezolanos a comportarse entre sí, ha sido un triunfo de su hábil es-

trategia. Para cualquiera que no hubiese tenido su prudencia y sensatez, su benévola diplomacia y habilidad política, la situación era terriblemente conflictiva. Venezuela estaba a punto de dividirse en bandos de desatado rencor. (Lo que ha ocurrido a ratos en la prensa nacional donde chismes e insultos, vida privada de las gentes, interpretaciones e hipótesis malignas han llenado columnas que en otro tiempo se destinaron a las proezas del "Benemérito"; lo que han tenido que sufrir, de uno y otro bando, los venezolanos pensantes, y que no ha afectado, naturalmente, a los venezolanos "calladitos", sin pasión y sin opinión, pudo llegar a la calle y de la letra impresa convertirse en agresión personal, si no hubiera estado en Miraflores un hombre tan ponderadamente ecuánime). Los novelistas e historiadores de mañana — para valorizarlo— podrán describir ese singular arte con que él bogó entre las pasiones encontradas. Por un lado, hay que tomar en cuenta que Juan Vicente Gómez no murió en el destierro como Rosas o Porfirio Díaz, sino en la misma cama donde durmió más de treinta años. Si el Gomecismo no era una "idea"; apenas un gesto, como el barbaramente ciego de un Eustoquio Gómez al asaltar la Gobernación y caer acribillado de un balazo anónimo, era, y terriblemente, una compacta maraña de intereses. Más que el gomecismo beligerante que cayó con Eus-

toquio, era peligroso el gomecismo inerte de todo un inmenso grupo social que prosperó y aprovechó la universal rebatiña. Favoritos, vahoos y parásitos de la tiranía. Eran haciendas, fábricas, servidumbre y clientela que quedaban, allí, marcando su presencia. Era el enorme reclamo de muchos que por no haberlo conocido jamás, escarnecían todo estilo de gobierno civilizado; se escandalizaban porque cincuenta hombres y media docena de oradores se hubiesen reunido en la plaza, pedían para que no se alterase en lo más mínimo su artritica tranquilidad que se aplicase el "plomo" y el plan de machete. (A veces hemos sido injustos con el gomecismo; y se lo hemos achacado todo a aquellos zafios campesinos que en los pueblos del interior cumplían, de acuerdo con su primitividad, su oficio de jefes civiles; y no hemos querido ver el gomecismo más peligroso, el enguantado y pulido de algunos caballeros del Club; el de los usureros que pedían protección para su diez y ocho medio por ciento, el de mucha gente que como en el vicio descrito por André Gide "no se atreve a decir su nombre". Masa de gente deteriorada por largos años de malas costumbres; aprovechadores escondidos, hasta enemigos de "los andinos" muchas veces, que nunca requirieron la sinceridad de un machete — querían que lo cargarán y lo blandieran los demás— porque ellos manejaban el

artista más hábil de su refinada sinvergüenzaría. Esa gente a veces, se toma la representación de los "cultos" y no desea incomodarse en su grasosa bienandanza. Frente a ellos, a los gomecistas que quedaban, los anti-gomecistas que volvían: algunos con su largo rencor empozado, con ganas de recuperar los malos ratos; ciegos para toda otra cosa que no fuera su compensación y su vindicta. Para muchos de ellos el reloj del tiempo se había parado en 1913; lo que entonces conversaron con el "Mocho Hernández" o con Rolando, creían que podría tener vigencia en 1936. Encontraban un país que con tanta distancia y tiempo que pusieron ya les era desconocido; con pocas —y muy laudables excepciones— habían seguido en el extranjero su misma vida de hamaca y cigarros y anécdotas de la Revolución Libertadora. Por un momento el país temió que con ciertos próceres emigrados se convirtiera en una "gerontocracia"; en un gobierno de ancianos. Muchos creían atraer a la juventud con sus discursitos del año 95, con sus palabras vagas, con esa retórica chamuscada que en el paréntesis de cada Dictadura se ha llamado "política" en Venezuela. Hubo el explicable recelo de que (como en aquellos deliciosos cuadros de costumbres de siglo pasado que describieran un Sales Pérez o un Bolet Peraza) se volviese a proferir en los pueblos de Venezuela, con las barbas y la "ga-

llinita" bajo el saco, el grito fatídico de: ¡Vivan los liberales amarillos!

Ni lo uno, ni lo otro; ni la supervivencia del gomecismo pero tampoco la ciega vindicta de algunos anti-gomecistas (que hubieran confundido la política con su caso personal) parece haber sido el tácito programa del General López Contreras. Un programa de acción, de conducta, casi tan importante como el otro programa público de reformas económicas, higiénicas y educativas que se denominó "Plan de Febrero". Este último lo hubieran podido realizar media docena de técnicos y especialistas: el primero requería precisamente un hombre con el carácter conciliador, con la buena coraza contra los nervios de que se revistió el Presidente. Así su persona logró abrir, comprensiva y humanitariamente, toda una etapa para el progreso democrático de Venezuela. Conservar lo que ha habido de positivo y civilizado en su Gobierno; incorporar definitivamente a nuestras costumbres políticas esta idea de ecuanimidad por sobre la querrela de los grupos que nos hubiera llevado (a no mediar tan prudente árbitro) a las facciones enconadas y acaso a la Guerra interna, me parece que debe ser uno de los propósitos venezolanos para 1941. Naturalmente —y el propio Presidente debe considerarlo así— que la acción nacional no debe limitarse a eso. Se perfilan sobre

la República, y es necesario no preterirlos ni retardarlos, otros problemas que trataremos de esclarecer en estas páginas.

II.—Política.

En 1936 un espíritu tan animoso como el del malogrado Alberto Adriani pensó que era posible y necesario ante la confusión mental reinante durante los días que siguieron a la muerte de Gómez, y sobre todo ante el atraso del país que rotos los "tabús" y mitos de la tiranía afloraba monstruosamente, pensó, digo, que Venezuela ganaría mucho en el camino de su recuperación moral y material si se deponía todo combate ideológico, toda discusión de Metafísica política y se sensibilizaban las gentes para una verdadera cruzada nacional y técnica contra aquellas urgencias de progreso que siempre dejamos para después. Según las ideas de Adriani ignorar tales teorías beligerantes —Fascismo, Marxismo— que querían repartirse el mundo; confiar más en los ingenieros y en los especialistas que en los políticos y oradores, obrar sobre las realidades del país de manera concreta y directa y no sometiéndolas a abstracciones; fundamentar una mística y un entusiasmo popular sobre el apremio ineludible de resolver estas cuestiones prácticas, era la preocupación

calurosa de tan gran espíritu. Patriota —porque he conocido pocos venezolanos que lo fueran tanto como él — en largas caminatas nocturnas que constituían su único ocio de estadista, me hablaba de aquellos grandes intuitivos, cargados de acción que transformaron y construyeron pueblos. Desde Pedro el Grande hasta ese curiosísimo Mustafá Kemal que de los despojos de un imperio podrido supo levantar en 10 años de tarea la joven nación turca, varios siglos de Historia y de fervor ejemplar, pasaban por sus meditaciones. Acaso la idea de Adriani de estructurar un gran movimiento nacional a base de un programa técnico pudo tener validez hace cuatro años. Hoy —estoy seguro— que el propio Adriani, si viviera, habría rectificado su punto de vista. Sencillamente—porque, querámoslo o no—no se puede evadir en un tiempo tan cargado de emoción política como el presente, el problema teórico. Lo estaremos escamoteando desde nuestros distintos sectores profesionales o especialistas; el médico podrá pensar que con sus campañas contra la tuberculosis y el paludismo ha cumplido su tarea nacional; el profesor que con la renovación de su métodos pedagógicos, el ingeniero que con sus carreteras y acuñeductos en estudio, pero el problema político — es decir la necesidad de coordinarlo todo— no se ha acallado por ello. Menos miedo a la política, es decir a la lucha

de ideas, a la responsabilidad pública, es así, en este instante, una necesidad venezolana.

Prejuicios actuales como el del "izquierdismo" bien izquierdista y el derechismo no menos densamente coloreado, impiden que la política nuestra se ubique en un plano netamente nacional y Venezuela vea que hay muchos hijos suyos dispuestos a servirla y a combatir su atraso. Por lo que pasa en España, en Alemania o en Rusia se ha discutido más y se han enconado más los ánimos que por esta realidad nuestra, tan palpitante y clamorosa, que puede ver quien se aleje unos kilómetros de Caracas. Una acción nacional, tan entusiasta y dinámica como la que propició el Presidente en su programa de hace cuatro años, se ve interferida por la infección exótica de teorías y doctrinas. Aca-so algunos hombres de lo que entre nosotros se llaman las "izquierdas" comprendan en su fuero íntimo la necesidad de romper con tales consignas extranjeras; afrontar una posición anti-comunista pero no se atreven a hacerlo por respetar ciertos ídolos verbales. Saben, por ejemplo, que en la experiencia europea de hoy "Fascismo" y "Comunismo" son palabras equivalentes; representan una análoga opresión del hombre, pero no tienen el coraje de decirlo. Trabajan así —por cobardía— contra la Nación.

Y no habrá política nacional mientras no

definamos estas cosas; mientras que sobre el mito verbal no se yerga la auténtica realidad de Venezuela. Mientras no tengamos el valor de decirle a los comunistas y filocomunistas que no estamos dispuestos a tolerar su infiltración y su prédica, que no queremos que fuerzas internacionales de ningún género nos vengán a enturbiar y confundir nuestra política interior. Que estas izquierdas o derechas nacionales se pronuncien o definan, no sólo en la formulación de un vago anhelo democrático, sino ante las cuestiones concretas del país.

Creo, por ejemplo, que la Democracia venezolana que estamos propiciando sólo tendrá validez, no en el sentido abstencionista, en el crónico cruzarse de brazos que quisieran imponerle algunos pseudoliberales, sino más bien en su posibilidad de ser árbitro de toda querrela nacional, de orientar al país en la búsqueda de su confuso destino. En tal sentido es Democracia un sistema como el de Roosevelt en los Estados Unidos. Porque hacer a esta altura del tiempo una de esas democracias bobas con que soñara el próspero individualismo inglés del siglo pasado, las democracias del "laissez faire" y del "laissez passer", las que sólo pretexto de libertad dejan que en ellas penetre el caballo de Troya que quiere destruirlas, me parecería la más ciega irresponsabilidad. Creo en la Democracia como en una afirmación de libertad y dignidad hu-

mana contra la sujeción del hombre que se realiza en los países totalitarios, pero creo ante todo en el deber que impone a los pueblos la preservación de su existencia. Y la vida, el destino, la organicidad de un país, están por encima de toda abstracta fórmula. Al amparo encubridor de blandas y atrasadas convenciones los países democráticos del mundo están sufriendo el embaute diabólico de fuerzas tan disolventes de la comunidad nacional y del Estado como las que moviliza, por ejemplo, el Comunismo ruso. Conocida es la táctica bifrente del Comunismo; por un lado, en su tierra de origen, los sectarios de Stalin fomentan un nacionalismo feroz (un nacionalismo que no difiere por sus métodos ni su barbarie del de los nazis); por otro, invocando el liberalismo y la suavidad democrática, introducen en los países extranjeros su material explosivo. Los que en Rusia controlan la opinión pública y asesinan a los sospechosos de heterodoxia son los mismos que en las naciones democráticas piden en nombre de la Libertad — que ellos denominaron “prejuicio burgués” — puerta franca para su mercancía. En la tremenda e ineludible antítesis que está viviendo el mundo, Comunismo y Democracia como Democracia y Fascismo son inconciliables. No se puede invocar en esta lucha una tolerancia que resultaría suicida. En tres claras proposiciones que quiero citar —porque no podría decir nada

más preciso— expresa un escritor francés lo que ofrece a los pueblos libres la penetración comunista:

1.—La idea de lucha de clases hace imposible toda organización nacional; y desde luego ella no ha sido utilizada por los marxistas sino con el propósito de destruir el orden existente, juzgado malo. Es un instrumento de guerra y nada más.

2.—El comunismo marxista debe comenzar en un país determinado. Este país al convertirse al comunismo tiende a imponer la revolución a los otros países. Después de haber puesto fin en el interior y por medios violentos, a la lucha de clases, se aplica a fomentarla afuera para debilitar las demás naciones. Por fin el comunismo conduce a un imperialismo nacional servido en el exterior por los procedimientos de la política tradicional que se agravan gracias a la ideología de la lucha de clases.

3.—Esta evolución (comunismo-imperialismo) se facilita con la propagación del materialismo marxista. Ha sido empleado como un medio de destruir desde adentro, en los países extranjeros y enemigos, los sentimientos morales sobre los que reposa al fin de cuentas, la vida social.

Al no definir como se debe, por prejuicios

de un tímido liberalismo de que los comunistas sonríen, el problema que el Comunismo puede plantear en una democracia todavía balbuciente e informe como la nuestra, los sectores cultos y progresistas de la nación venezolana están abandonando un arma que puede ofrecer su peligrosidad en manos de los dictatoriales embozados y ansiosos que todavía maniobran dentro de nuestro país. Es decir, a una causa sin ideas, primitiva y violenta como la de aquellos grandes duques que con muy pocas letras y a fuerza de plan de machete mantuvieron un régimen de extorsión y violencia que aun añoran, se les presenta por la inercia liberal, el plato de una doctrina. Gomecistas dispuestos a "ofrecer el orden" cuando sea necesario, no faltan en las fronteras de Venezuela. Naturalmente que el anti-comunismo de tales señores conduciría al Gomecismo que fué una forma primaria de nuestro comunismo autóctono. En el desprecio del hombre, la liquidación de los opositores, la nivelación hacia abajo, la cárcel y la tortura, coincidieron los dos regímenes. Y para no turbar el mito (porque en algunos países de América la propaganda comunizante se ha disfrazado de filo-proletarismo, de defensa de la cultura, de anti-fascismo en el momento en que pactaban con Alemania y hacían en la política exterior lo mismo que hicieron los nazis) nos quedamos callados ante su infección destructiva.

Gomecismo o sea la barbarie autóctona, y totalitarismo o sea la violencia importada, sólo podrán ser barridos de nuestra Problemática social cuando la conciencia del país se organice en fuerza coherente para realizar esa democracia que la nación viene pidiendo desde hace cuatro años, y que no es fan sólo el disfrute de una teórica libertad sino la valorización material y moral de este territorio y estas gentes que llamamos Venezuela. El activo tiempo vivido desde 1936 ha abierto un enorme compás de esperanza. Y lo que uno debe salir a buscar en 1941 para que un gobierno humanizador como el del General López Contreras no pase por nuestra historia como un suave paréntesis de civilidad, suspendido sobre nuestra tragedia crónica, es precisamente que la nación venezolana se estructure para afirmar su destino democrático; para que la política no sea el juego cerrado de unos pocos sino encarne e interprete el espíritu del país.

Si es cierto que la larga dictadura deterioró muchas gentes; penetró hasta la médula misma de la nación corrompiéndola y confundiéndola, desengañó irremediablemente a muchos hombres que hubieran podido ser útiles, dejó en el pasivo de la República un inmenso problema moral con que ha debido enfrentarse el gobierno, es cierto, así mismo, que existe y alienta una enorme Venezuela virginal que todavía puede

(sensibilizarse y vibrar con una acción constructiva. Que un grupo de hombres decididos, a tono con su tiempo, se pongan a sembrar en la juventud y en el pueblo ese patriotismo dinámico que requerimos. En 1936 veía como fórmula para la regeneración de Venezuela un fuerte movimiento nacional disciplinado y entusiasta que marcara en forma sencilla—con la menor literatura y la menor academia posible — los puntos programáticos de nuestra reforma; que diera a tanta juventud vacilante y sin destino, consumida y perdida en la soledad, la bohemia y el resentimiento, el orgullo y el impulso de una vida espiritual más intensa; que conciliara en su entusiasmo creador las divergencias y el recelo en que en este vasto espacio geográfico nos hemos separado los venezolanos; que sacara de los museos nuestra tradición histórica y se lanzara a conjugarla en tiempo presente. Por lo mismo que detrás de nosotros había tanto dolor, era posible echar a andar por los caminos de nuestra dilatada tierra esa fe y esa alegría heroica de una nueva Venezuela. Había visto en otros países de América oxidarse a la juventud en una vida materializada y sin anhelos. Habíamos sufrido aquí la perenne mutilación de generaciones enteras que pasaron sumidas en el polvo de su enorme derrota moral; sacrificados en aquel padecer criollo al que las dictaduras bárbaras quitaron todo ímpetu, esterili-

lizaron toda alegría. Y había el peligro, también, de que porque no se les ofrecía otra fe y otro destino cayeran como tantas juventudes de América en el ponzoñoso pantano marxista; en aquella zona de odios de clase, de rencores fríos, de materialismo cruel, en que florecen las místicas de la desesperación. Veía nuestro pueblo que más que la revolución apocalíptica y el desatado encono que nos ofrecen los marxistas estaba requiriendo amor y comprensión; pedía a un grupo de venezolanos que al inclinarse sobre la vastedad de nuestro mapa llevaran a esas gentes perdidas en la lejanía de nuestros desiertos un poco de fe en sí mismas; reformas que quieren paz social y coherencia, y no guerra y fragor. De la tempestad de nuestro pasado soñaba ver erguirse una Venezuela matinal y entusiasta; una patria en que era bello vivir porque sus caminos y sus horizontes estaban poblados de empresas. No con la lengua de los calculadores sino con la voz de los poetas era preciso hablar y exaltar a esas gentes; contarles que hubo un momento en que el vigor y el gran ensueño venezolano recorrió media América del Sur, desplegó sobre las montañas y los ríos de América sus legiones de hombres ansiosos, llevó su mensaje de libertad y dignidad humana en la lengua y la espada de Bolívar hasta las más altas crestas andinas. Recobrar el compromiso y la responsabilidad de esa Historia ya no en las

faenas de la guerra sino en las grandes siembras de la paz civil, me parecía que era lo que debía redescubrirse en el alma venezolana. De un país de gloria olvidada entre las ruinas de su atraso, era necesario con el ímpetu de los grandes constructores de pueblos—como Cavour erigió su Italia, como los grandes argentinos del año 50 sacaron su patria nueva— hacer presente la posibilidad y la responsabilidad de una democracia donde caben millones de hombres, donde la energía humana por nacer, encuentra infinitos reservorios. Frente a la política de los caballeros cautelosos, se imponía otra cargada de la fuerza de la juventud y del pueblo. Porque hay que decirselo a los políticos de gabinete que se preparén para 1941 y para después: ninguna política moderna será fecunda si no arraiga en esa emoción fermental de la juventud y del pueblo; si de su destino de rebaño no alza a la plena dignidad humana a las grandes masas abandonadas, si no da al entusiasmo juvenil —primavera de la Historia y de la vida— un cauce para su expresión.

1941, la fecha mesiánica a que en este momento miran los venezolanos, puede interesarme si es mucho más que un acto litúrgico del Congreso; si es una calurosa llamada a filas de todos los que sienten en fervor y desgarramiento la obligación de seguir rehaciendo su patria. Hay problemas técnicos de población, de economía,

de higiene y educación pública que han comenzado a resolverse en la actividad de los últimos cuatro años, pero hay algo mucho más importante que eso: la necesidad de una enorme fe común, de coherencia y disciplina común que afirme y fortifique nuestra existencia histórica. ¿Quién habrá de movilizar esta gigantesca energía potencial de sueños y esperanzas que están dormidos en el pueblo venezolano? Llamamos —hay que llamar a gritos— a tantas gentes ensimismadas en su monólogo para que comiencen esta como inmensa tarea de voces y de voluntades. Sólo la unión y la disciplina hará que esta hora propicia y benévola de hoy, fecunde nuestra Historia.)